



Una reflexión sobre los movimientos migratorios

JOTA LLORENTE. Federación Pinardi. Madrid

De un tiempo a esta parte el lenguaje social en España está cambiando. Ya no hablamos de fronteras, sino que hacemos distinción. Está la frontera Este y la frontera Sur. Ya no hablamos solo de migrantes, hay migrantes y refugiados. Los acentos mediáticos se ponen unas veces en un lado y otras en otro, y la multitud de mensajes hacen que perdamos perspectiva. Parece como si nunca hubiera habido refugiados en España y la verdad es bien distinta, todos entraban dentro del paquete de los “inmigrantes” con nuestras tabúes, recelos y prejuicios. España siempre ha recibido refugiados, por cuestiones políticas, guerras, causas medioambientales, no es un fenómeno nuevo por mucho que el acento mediático esté puesto ahí en este momento.

Con todas estas ideas en la cabeza y otras que vienen de atrás llevo tiempo con ganas de reflexionar sobre los movimientos migratorios y lo que supone. Historias de aquí y de allá. Hoy os traigo una experiencia que pude vivir hace unas semanas en México.

DE PASEO A LA FRONTERA

Son las diez de la noche de un día cualquiera en Tijuana, México. Con Jesús Arambarri, salesiano vasco que lleva unos años por allí me acerco a la frontera con EEUU. Según vamos llegando veo colas interminables de coches esperando pasar. Nuestro objetivo es conseguir el permiso para poder pasar al otro lado a la mañana siguiente. Jesús está acostumbrado a hacer este mismo camino con los chicos que quieren pasar, para él ya es rutina. Para mí todo es nuevo. Podría perfectamente haber llegado a México con la visa sacada desde España pero quería saber lo que se siente, lo que supone esperar, hacer el paso, aunque en mi caso no deja de ser una mera experiencia turística.

Al llegar a la zona los agentes estadounidenses nos dicen que tienen que hacer caja y que esperemos unos minutos. En realidad más de una hora. Jesús me dijo que fuéramos por la noche porque las colas son menores, y así era, pero con la oficina más de una hora cerrada ya os podéis imaginar la que se formó. El goteo era constante, primero un hombre, luego una mujer, una pareja, ... así uno tras otro fueron haciendo cola mientras veíamos pasar diferentes personas hacia el otro lugar.

Por fin conseguimos pasar a la oficina, los “gringos” que están destinados allí saben todos hablar castellano, otra cosa es que lo quieran utilizar. En mi caso me tocó un americano típico con su bigote y sus preguntas; ¿Dónde va? ¿Por qué? ¿Qué va hacer?... tras pagar las tasas correspondientes se da cuenta de que soy español y que el trámite es otro al acostumbrado, así que rompe los papeles y empezamos de nuevo. Mi inglés no es muy bueno y en alguna

ocasión, su compañera de origen latino me traduce. Sé que habla español y yo le contesto siempre en la lengua de Cervantes, pero él siempre me pregunta y contesta en Inglés. Por fin consigo la ansiada tarjeta, a la mañana siguiente iremos a EEUU.

COMIENZO DEL VIAJE

El despertador suena a las 5 de la mañana. Demasiado temprano. Hago el mismo recorrido que la noche anterior. En seguida me doy cuenta que el número de personas que se dirige allí es mucho mayor. Hombres, mujeres, niños, ... según te vas acercando proliferan los puestos con burritos, tacos, galletas, periódicos, ... en un momento determinado te paras. Llegaste a la temida cola. Me esperan por delante casi dos horas, ya me avisaron. Estoy en Tijuana el mayor paso fronterizo del mundo y el que más tránsito tiene en uno y en otro sentido.

Como tengo tiempo miro a mí alrededor. Intento imaginar las historias. Muchas ya las sé me las han contando días anteriores, otras trato de fantasearlas. Veo niños con sus mochilas escolares, son muchos los que pasan para estudiar en el otro lado, alguno saca su libreta y se pone a hacer cuentas, nada mejor que aprovechar el tiempo. Son chicos y chicas que pasan solos, ya es costumbre para ellos pero a la vez pienso en lo que ha llevado a sus padres a optar por esta educación y a pasar horas cada semana para poder llegar al colegio.

A mi lado una joven de unos 20 ó 25 años escucha música en su móvil mientras no para de escribir y ver Facebook y Snapchat. Perfectamente podría ser una de las jóvenes que van a trabajar en el metro de Madrid y cuyas caras veo cada día. Como el joven que va un poco más adelante que está viendo en su tableta su serie favorita. Son jóvenes que viven en México y trabajan en EEUU. Trabajos en la mayoría de los casos precarios y con poco salario que no permiten ni pedir el permiso de residencia ni optar a una vivienda allí.

Otros pasan de visita a ver a sus familiares. Parece una opción de ocio pero no lo es. Muchos de los que logran instalarse en los EEUU no pueden volver porque no tienen los papeles necesarios

para pasar de nuevo. Son muchas las historias de familias divididas por deportaciones o por miedo a serlo, familias destruidas por la burocracia entre estos dos países.

Y luego, como yo, algún que otro extranjero que solo va de turismo.

Pasamos los controles, aceptamos las preguntas, dejamos que olisqueen, escudriñen nuestras mochilas... es el precio que hay que pagar para pasar de un país a otro. Yo pude pasar y volver. Pero yo soy un privilegiado, lo sé.

LAS PERSONAS

Como os decía podemos hablar de las fronteras, de números, de situaciones políticas, sociales, bélicas o medioambientales. Podemos hacer informes, pero al final de lo que se trata es de personas, con sus historias concretas, sus sueños, sus vidas... os traigo alguna.

Julio

En una de las visitas al Desayunador (centro que los salesianos tenemos en la frontera donde se da de comer a más de 700 personas diarias que han sufrido la frontera de alguna manera) pude conocer a Julio. Hablamos largo y tendido. Me sorprende que casi sin conocernos sea capaz de contarme lo que me cuenta. Lleva unos meses en el centro, le han dado la confianza suficiente para ser voluntario y una cama para dormir. En sus manos lleva las Memorias del Oratorio que he vuelto a leer, comenta con una sonrisa. A pesar de haber sido deportado y haber estado en la cárcel en EEUU no ha perdido nunca la esperanza. *“Me trajeron a Tijuana hace unos 8 meses. Estaba en la calle, con el tabaco, el alcohol y esas cosas. Pero yo no quiero eso. Intentaba mantenerme a un lado, pero la calle es muy dura y te atrapa enseguida.*



Por suerte me comentaron de este sitio y venía a desayunar, como todos. Pero pensé que podía echar una mano, que aquí las cosas podrían ser de otra manera. Ahora sé que puedo cambiar. Mi vida siempre ha sido de ida y vuelta, pero ahora tengo un sitio”.

En un momento de la conversación sale el temido tema, la familia; *“todavía no quiero llamarles, no quiero decirles dónde estoy ni lo que hago. Todavía se piensan que estoy en los EEUU, que allí tengo un trabajo, que soy alguien. De momento quiero rehacer mi vida, buscar mi destino aquí y Dios quiera que un trabajo. Entonces buscaré la fuerzas para decirles la verdad”.* Hay un cierto sentimiento de fracaso en sus palabras, pero que poco a poco se va reconstruyendo.

Pedro

Un chico de ojos vivarachos se encarga de la basura. No tendrá más de 18 años. Despide con una sonrisa a todos los que han terminado de desayunar. Mi ser salesiano me llama, como no podría ser de otra manera. Entre platos de plástico, vasos y cubos de basura me cuenta su historia. No me hace falta preguntarle, lo hace con naturalidad, como quien cuenta el último episodio que vio anoche. *“Mira, la vida de la calle es muy mala. Yo tenía ganas de pasar, de ir al otro lado a por un trabajo, a vivir allí y esas cosas. Pero uno es joven y los sueños a veces se convierten en otra cosa, y te crees que lo puedes todo y que todo es fácil. Te gastas un poco en cerveza y luego quieres otras cosas, ya sabes ¿no? Pero ahora estoy limpio. Aquí me han devuelto la ilusión. Menos mal que aquí me quieren y me escuchan porque sino no sé que hubiera sido de mí. Ahora he vuelto a estudiar. Quiero acabar la secundaria, salir adelante y buscar un trabajo. Ahora las ilusiones son mías y sé lo que quiero. Aquí ayudo y me ayudan. No puedo defraudarles”.*

Felipe

Entre los voluntarios destaca Felipe. Un chico joven, unos 25 años. Controla las mesas y que nadie desperdicie nada, *“pueden comer lo que quieran, incluso llevarse algo para algún amigo, pero no dejamos que nadie tire nada”.* En medio del ajetreo de la mañana nos ponemos a hablar, me va contando historias. Me dice quiénes son los nuevos, *“enseguida se les nota, llevan la tristeza en la mirada”*, y me cuenta la vida de los que llevan más tiempo. Conoce de lo que habla, lleva 8 meses de experiencia continua de voluntariado a tiempo completo y quiere quedarse al menos un año.

Su historia también es digna de contar. Felipe es un chico mexicano normal, universitario, voluntario. Pero estas ganas de ayudar y echar una mano en el Desayunador no surgen de la nada *“aquí encontré el único lugar en todo Tijuana donde me acogieron y me ayudaron”.* Su historia es muy diferente. Estaba de vacaciones y su deseo era pasar a EEUU para hacer unos días de turismo. Llegó a Tijuana con su mochila para visitar la ciudad y después cruzar la frontera para tomar el tren que lleva a San Diego. *“Me robaron, me quedé sin nada. Me quitaron la mochila con mi documentación, mi celular, mi dinero... de repente me quedé sin nada y solo en un lugar que no conocía. Muchos pensaban que mentía, otros que era uno más de los que quería pasar. Me dijeron de este lugar y aquí confiaron en mí, me ayudaron, pude contactar con mi familia y después de días deambulando pude regresar a Guadalajara. Sufrí lo que muchos sufren; el miedo, no tener nada, quedarme en la calle. Como agradecimiento decidí pasar un año de mi vida ayudando en el lugar en el que me ayudaron”.*

Lo que os cuento no son más que tres historias. Historias que se multiplican en cada uno de los pasos fronterizos del mundo, sobre todo en los de mayor dificultad. Nosotros en nuestra cómoda Europa podremos seguir hablando de números, ideologías y mercados de trabajo, yo prefiero seguir hablando de personas.

